

2

LA ERA FARMACOPORNOGRÁFICA

Nací en 1970, momento en el que la economía del automóvil, que parecía entonces en su punto de máximo auge, comenzaba a declinar. Mi padre tenía el primer y más importante garaje de Burgos, una villa gótica de curas y militares en la que Franco había instalado la nueva capital simbólica de la España fascista. De haber ganado la guerra Hitler, la nueva Europa se habría asentado en torno a esos dos polos (cierto desiguales), Burgos y Berlín, o al menos con eso soñaba el pequeño general gallego. En el Garaje Central, así se llamaba el floreciente negocio de mi padre situado en la calle General Mola (el militar que había dirigido el levantamiento contra el régimen republicano en 1936), se guardaban los coches más caros de la ciudad, los de los ricos y los caciques. En mi casa no había libros, solo había coches. Chryslers de motor Slant Six, varios renaults Gordini, Dauphine y Ondine («los coches de las viudas», los llamaban entonces, porque tenían fama de acabar en las curvas con la vida de los maridos automovilistas), renaults D-S (que los españoles llamaban «tiburones») y algunos Standards traídos desde Inglaterra y adjudicados a los médicos. A estos había que añadir la colección de coches antiguos que mi padre había ido comprando: un mercedes «Lola Flores» negro, un citroën gris Traction Avant de los años treinta, un Ford 17 caballos, un dodge Dart Swinger, un citroën «culo-rana» de 1928 y un cadillac 8 cilindros. Mi padre invirtió en aquellos años en la industria de fabricación de ladrillos, que se vino abajo en 1975 (accidentalmente, como la dictadura) con la crisis del petróleo. Al final tuvo que acabar vendiendo su colección de coches para pagar la quiebra de la fábrica. Yo lloré por

aquellos coches. Entre tanto, yo estaba creciendo como una pequeña marimacho. Mi padre lloraría por ello.

Durante esa época, reciente y, sin embargo, ya irrecuperable, que hoy conocemos como «fordismo», la industria del automóvil sintetiza y define un modo específico de producción y de consumo, una temporalización taylorizante de la vida, una estética policroma y lisa del objeto inanimado, una forma de pensar el espacio interior y de habitar la ciudad, un agenciamiento conflictivo del cuerpo y de la máquina, un modo discontinuo de desear y de resistir. En los años que siguen a la crisis energética y a la caída de las cadenas de montaje, se buscarán nuevos sectores portadores de las transformaciones de la economía global. Se hablará así de las industrias bioquímicas, electrónicas, informáticas o de la comunicación como nuevos soportes industriales del capitalismo... Pero estos discursos seguirán siendo insuficientes para explicar la producción de valor y de la vida en la sociedad actual.

Sin embargo, parece posible dibujar una cronología de las transformaciones de la producción industrial del último siglo desde el punto de vista del que se convertirá progresivamente en el negocio del nuevo milenio: la gestión política y técnica del cuerpo, del sexo y de la sexualidad. Dicho de otro modo, resulta hoy filosóficamente pertinente llevar a cabo un análisis sexopolítico de la economía mundial.

Si desde un punto de vista económico, la transición a un tercer tipo de capitalismo, después de los regímenes esclavista e industrial, se sitúa habitualmente en torno a los años setenta, la puesta en marcha de un nuevo tipo de «gubernamentalidad del ser vivo»¹ emerge de las ruinas urbanas, corporales, psíquicas y ecológicas de la Segunda Guerra Mundial —y en el caso de España, de la Guerra Civil.

¿Pero cómo el sexo y la sexualidad, se preguntarán, llegan a convertirse en el centro de la actividad política y económica? Síganme:

Durante el período de la guerra fría, Estados Unidos invierte más dólares en la investigación científica sobre el sexo y la sexualidad que ningún otro país a lo largo de la historia. La mutación del capitalismo a la que vamos a asistir se caracterizará no solo

¹ Michel Foucault, *Du gouvernement des vivants*, Leçons du Collège de France, 1979-1980, *Dits et Écrits*, tomo IV, Gallimard, París, 1994, págs. 641-642.

por la transformación del sexo en objeto de gestión política de la vida (como ya había intuido Foucault en su descripción «biopolítica» de los nuevos sistemas de control social), sino porque esta gestión se llevará a cabo a través de las nuevas dinámicas del tecnocapitalismo avanzado. Pensemos simplemente que el período que va desde el final de Primera Guerra Mundial a la guerra fría constituye un momento sin precedente de visibilidad de las mujeres en el espacio público, así como de emergencia de formas visibles y politizadas de la homosexualidad en lugares tan insospechados como, por ejemplo, el ejército americano². El macartismo americano de los años cincuenta suma a la persecución patriótica del comunismo la lucha contra la homosexualidad como forma de antinacionalismo, al mismo tiempo que exalta los valores familistas de la masculinidad laboriosa y la maternidad doméstica³. Se abren durante este tiempo decenas de centros de investigación sobre la sexualidad en Occidente como parte de un programa de salud pública. Al mismo tiempo, los doctores George Henry y Robert L. Dickinson llevan a cabo la primera demografía de la «desviación sexual», un estudio epidemiológico conocido con el nombre de «Sex Variant»⁴, al que más tarde seguirán el *Informe Kinsey* sobre la sexualidad y los protocolos de Stoller sobre la feminidad y la masculinidad. Entre tanto, los arquitectos americanos Ray y Charles Eames colaboran con el ejército americano para fabricar tablillas de sujeción de los miembros mutilados en la guerra con placas de contrachapado *plywood*. Pocos años después utilizarán el mismo material para construir los muebles que caracterizarán el diseño ligero y la arquitectura americana desechable⁵. Harry Benjamín pone en marcha y sistematiza la utilización clínica de moléculas hormonales, se comercializan las primeras moléculas naturales de progesterona y estrógeno obtenidas a partir de suero de yegua (Premarin) y algo más tarde sintéticas (Norethin-

² Alan Berube, *Coming Out Under Fire: The History of Gay Men and Women in World War Two*, The Free Press, Nueva York, 1990.

³ John D'Emilio, *Sexual Politics, Sexual Communities: The Making of a Homosexual Minority in the United States, 1940-1970*, Chicago University Press, Chicago, 1983.

⁴ Jennifer Terry, *An American Obsession: Science, Medicine and Homosexuality in Modern Society*, Chicago University Press, Chicago, 1999, págs. 178-218.

⁵ Véase Beatriz Colomina, *Domesticity at War*, MA, MIT Press, Cambridge, 2007.

drone). En 1946 se inventa la primera píldora *antibaby* a base de estrógenos sintéticos —el estrógeno se convertirá pronto en la molécula farmacéutica más utilizada de toda la historia de la humanidad⁶—. En 1947, los laboratorios Eli Lilly (Indiana, Estados Unidos) comercializan la molécula de metadona (el más simple de los opiáceos) como analgésico, convirtiéndose en los años setenta en el tratamiento básico de sustitución en la adicción a la heroína⁷; ese mismo año, el pseudopsiquiatra norteamericano John Money inventa el término «género», diferenciándolo del tradicional «sexo» para nombrar la pertenencia de un individuo a un grupo culturalmente reconocido como «masculino» o «femenino» y afirma que es posible «modificar el género de cualquier bebé hasta los dieciocho meses»⁸. Se multiplica exponencialmente la producción de elementos transuránicos, entre ellos del plutonio, combustible nuclear empleado militarmente durante la Segunda Guerra Mundial y que ahora se convierte en material de uso en el sector civil: el nivel de toxicidad de los elementos transuránicos sobrepasa al de cualquier otro elemento terrestre, generando una nueva forma de vulnerabilidad de la vida. El *lifting* facial y diversas intervenciones de cirugía estética se convierten por primera vez en técnicas de consumo de masas en Estados Unidos y Europa. Andy Warhol se fotografía durante una operación de *lifting* facial, haciendo de su propio cuerpo uno de los objetos pop de la sociedad de consumo. Frente a la amenaza inducida por el nazismo y por las retóricas racistas de una detección de la diferencia racial o religiosa a través de los signos corporales, la «des-circuncisión», reconstrucción artificial del prepucio del pene, se convierte en una de las operaciones de cirugía estética más practicadas en Estados Unidos en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial⁹. Al mismo tiempo, se

⁶ Andrea Tone, *Devices and Desires. A History of Contraceptives in America*, Hill and Wang, Nueva York, 2001.

⁷ Tom Carnwath y Ian Smith, *El siglo de la heroína*, Melusina, Barcelona, 2006.

⁸ John Money, John Hampson y Joan Hampson, «Imprinting and the Establishment of the Gender Role», *Archives of Neurology and Psychiatry*, 77, Chicago, 1957. Véase también John Money, *Sexual Signatures: On Being Man or Woman*, Little Brown, Boston, 1980.

⁹ Sander L. Gilman, «Decircumcision: The First Aesthetic Surgery», *Modern Judaism* 17. 3, Oxford, 1997, págs. 201-210. Véase también Maxwell Matz, *Evolution of Plastic Surgery*, Froben Press, Nueva York, 1946, págs. 278-279.

generaliza el uso del plástico para la fabricación de objetos de la vida cotidiana. Este material viscoso y semirrígido, impermeable, aislante eléctrico y térmico, producido a partir de la multiplicación artificial de átomos de carbono en largas cadenas moleculares de compuestos orgánicos derivados del petróleo y cuya quema es altamente contaminante, definirá las condiciones materiales de una transformación ecológica a gran escala: destrucción de los recursos energéticos primitivos del planeta, consumo rápido y alta contaminación. En 1953, el soldado americano George W. Jorgensen se transforma en Christine, convirtiéndose en el primer transexual mediatizado; Hugh Hefner crea *Playboy*, la primera revista porno norteamericana difundida en quiosco, con la fotografía de Marilyn Monroe desnuda en la portada del primer número. En la España franquista, la Ley de Vagos y Maleantes de 1954 incluye por primera vez a homosexuales y desviados sexuales. El comandante Antonio Vallejo-Nájera, jefe de los servicios médicos militares, y Juan José López Ibor llevan a cabo sucesivas investigaciones con el fin de examinar las raíces psicofísicas del marxismo (para descubrir el famoso «gen rojo»), la homosexualidad y la intersexualidad, preconizando, a pesar de la escasa tecnificación de las instituciones médicas durante el franquismo, la lobotomía, las terapias de modificación de conducta, el tratamiento mediante electroconvulsiones y la castración terapéutica con fines eugenésicos¹⁰. En 1958 se lleva a cabo en Rusia la primera faloplastia (construcción de un pene a partir de un injerto de la piel y los músculos del brazo), como parte de un proceso de cambio de sexo de mujer a hombre. En 1960, los laboratorios Eli Lilly comercializan Secobarbital, un barbitúrico con propiedades anestésicas, sedativas e hipnóticas concebido para el tratamiento de la epilepsia, el insomnio o como anestésico en operaciones breves. Secobarbital, más conocido como la «píldora roja» o *doll*, se convierte en una de las drogas

¹⁰ Antonio Vallejo-Nájera, *La sexualización de los psicópatas*, Medicina, Madrid, 1934. Véanse también los estudios históricos recientes: J. Casos Solís, *Psiquiatría y franquismo. Período de institucionalización (1946-1960)*, con un prólogo y un epílogo como homenaje a Luis Martín-Santos. También F. Fuente-nebro; G. E. Berrios; I. Romero y R. Huertas García-Alejo (eds.), *Psiquiatría y cultura en España en un tiempo de silencio*. Luis Martín Santos, Necodisne Ediciones, Madrid, 1999, págs. 85-129.

de la cultura *underground* rock de los años sesenta; al mismo tiempo, Manfred E. Clynes y Nathan S. Kline utilizan por primera vez el término *cyborg* para referirse a un organismo técnicamente suplementado que podría vivir en un medio ambiente extraterrestre y operar como un «sistema homeostático integrado inconsciente»¹¹. Se trataba de una rata de laboratorio a la que se la había implantado una prótesis osmótica que arrastraba en forma de rabo cibernético. En 1966 se inventan los primeros antidepressores que intervienen directamente en la síntesis del neurotransmisor serotonina, y que llevarán hasta la concepción en 1987 de la molécula de Fluxetine que será después comercializada bajo varios nombres, dependiendo del laboratorio, de los cuales el más conocido será Prozac, fabricado por Eli Lilly. En 1969 se crea, como parte de un programa de investigación militar estadounidense, *arpanet*, la primera «red de redes» de ordenadores interconectados capaces de transmitir información, que dará lugar más tarde a Internet. El 18 de septiembre de 1970 muere Jimi Hendrix, después de haber ingerido (¿accidente, suicidio, asesinato?) un cóctel farmacéutico que contenía al menos nueve píldoras de Secobarbital. En 1971 el Reino Unido establece la Ley de Abuso de Drogas, que regula el consumo y tráfico de sustancias psicotrópicas. La gravedad de los crímenes por uso y tráfico va desde la categoría A (cocaína, metadona, morfina, etc.) hasta la categoría C (cannabis, ketamina, etc.). El alcohol y el tabaco quedan fuera de esta clasificación. En 1972 Gerard Damiano realiza, con el dinero de la mafia californiana, *Deep Throat* (*Garganta profunda*), una de las primeras películas porno comercializadas públicamente en Estados Unidos. *Deep Throat* se convertirá en una de las películas más vistas de todos los tiempos, generando unos beneficios de explotación de más de seiscientos millones de dólares. Estalla a partir de entonces la producción cinematográfica porno, pasando de treinta películas clandestinas en 1950 a dos mil quinientas en 1970. En 1973 se retira la homosexualidad de la lista de enfermedades mentales del DSM (Manual de Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales). En 1974, el soviético Victor Konstantinovich Kalnberz patenta el

¹¹ M. E. Clynes y N. S. Kline, «Cyborgs and Space», *Journal of Astronautics*, American Rocket Society, Nueva York, septiembre 1960, págs. 27-31, 74-75.

primer implante de pene a base de varillas de plástico de polietileno como tratamiento de la falta de erección, creando un pene natural erecto permanentemente. Estos implantes se abandonaron en beneficio de sus variantes químicas por resultar «físicamente incómodos y emocionalmente desconcertantes». En 1977, el estado de Oklahoma introduce la primera inyección letal a base de un compuesto barbitúrico semejante a la «píldora roja» para aplicar la pena capital; un método similar había sido utilizado ya en el llamado programa Acción T4 de higiene racial de la alemania nazi, que eutanasia entre setenta y cinco mil y cien mil personas con deficiencias físicas o psíquicas, método abandonado después a causa de su alto coste farmacológico y sustituido por la cámara de gas o la simple muerte por inanición. En 1983, la transexualidad («disforia de género») se incluye en la lista del DSM como enfermedad mental. En 1984 Tom F. Lue, Emil A. Tanaghoy y Richard A. Schmidt colocan por primera vez un «marcapasos sexual» en el pene de un paciente, un sistema de electrodos implantados cerca de la próstata que permitía desatar una erección por control remoto. Durante los años ochenta, se descubren y comercializan nuevas hormonas como la DHEA o la hormona del crecimiento, así como numerosas sustancias anabolizantes que serán utilizadas legal e ilegalmente en el deporte. En 1988 se aprueba la utilización farmacológica de Sildenafil (comercializado como Viagra por los laboratorios Pfizer) para tratar la «disfunción eréctil» del pene. Se trata de un vaso dilatador sin efecto afrodisíaco que induce la producción de óxido nítrico en el cuerpo cavernoso del pene y la relajación muscular. A partir de 1996 los laboratorios americanos se lanzan a la producción sintética de la oxyntomodulina, una hormona relacionada con el sentido de la saciedad, que podría afectar a los mecanismos psicofisiológicos reguladores de la adicción y ser comercializada para provocar la pérdida de peso. A principios del nuevo milenio, cuatro millones de niños son tratados con Ritalina por hiperactividad y por el llamado Síndrome de Déficit de Atención, y más de dos millones consumen psicotrópicos destinados a controlar la depresión infantil.

Estamos frente a un nuevo tipo de capitalismo caliente, psicotrópico y punk. Estas transformaciones recientes apuntan hacia la articulación de un conjunto de nuevos dispositivos microprostéticos de control de la subjetividad con nuevas plata-

formas técnicas biomoleculares y mediáticas. La nueva «economía-mundo»¹² no funciona sin el despliegue simultáneo e interconectado de la producción de cientos de toneladas de esteroides sintéticos, sin la difusión global de imágenes pornográficas, sin la elaboración de nuevas variedades psicotrópicas sintéticas legales e ilegales (Lexomil, Special K, Viagra, speed, cristal, Prozac, éxtasis, popper, heroína, Omeoprazol, etc.), sin la extensión a la totalidad del planeta de una forma de arquitectura urbana difusa en la que megaciudades miseria¹³ se codean con nudos de alta concentración de capital, sin el tratamiento informático de signos y de transmisión numérica de comunicación.

Estos son solo algunos de los índices de aparición de un régimen postindustrial, global y mediático que llamaré a partir de ahora, tomando como referencia los procesos de gobierno biomolecular (fármaco-) y semiótico-técnico (-porno) de la subjetividad sexual, de los que la píldora y *Playboy* son paradigmáticos, «farmacopornográfico». Si bien sus líneas de fuerzas hunden sus raíces en la sociedad científica y colonial del siglo XIX, sus vectores económicos no se harán visibles hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, ocultos en principio bajo la apariencia de la economía fordista y quedando expuestos únicamente tras el progresivo desmoronamiento de esta en los años setenta.

Durante el siglo XX, período en el que se lleva a cabo la materialización farmacopornográfica, la psicología, la sexología, la endocrinología han establecido su autoridad material transformando los conceptos de psiquismo, de libido, de conciencia, de feminidad y masculinidad, de heterosexualidad y homosexualidad en realidades tangibles, en sustancias químicas, en moléculas comercializables, en cuerpos, en biotipos humanos, en bienes de intercambio gestionables por las multinacionales farmacéuticas. Si la ciencia ha alcanzado el lugar hegemónico que ocupa como discurso y como práctica en nuestra cultura, es precisamente gra-

¹² Utilizo aquí la conocida expresión de Immanuel Wallerstein, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*, Akal, Madrid, 2004.

¹³ Véase Mike Davis, «Planeta de ciudades-miseria», *New Left Review*, núm. 26, Akal, Madrid, 2004, págs. 5-34.

cias a lo que Ian Hacking¹⁴, Steve Woolgar y Bruno Latour¹⁵ llaman su «autoridad material», es decir, su capacidad para inventar y producir artefactos vivos. Por eso la ciencia es la nueva religión de la modernidad. Porque tiene la capacidad de crear, y no simplemente de describir, la realidad¹⁶. El éxito de la tecnociencia contemporánea es transformar nuestra depresión en Prozac, nuestra masculinidad en testosterona, nuestra erección en Viagra, nuestra fertilidad/esterilidad en píldora, nuestro sida en triterapia. Sin que sea posible saber quién viene antes, si la depresión o el Prozac, si el Viagra o la erección, si la testosterona o la masculinidad, si la píldora o la maternidad, si la triterapia o el sida. Esta producción en auto-*feedback* es la propia del poder farmacopornográfico.

La sociedad contemporánea está habitada por subjetividades toxicopornográficas: subjetividades que se definen por la sustancia (o sustancias) que domina sus metabolismos, por las prótesis cibernéticas a través de las que se vuelven agentes, por los tipos de deseos farmacopornográficos que orientan sus acciones. Así hablaremos de sujetos Prozac, sujetos cannabis, sujetos cocaína, sujetos alcohol, sujetos ritalina, sujetos cortisona, sujetos silicona, sujetos heterovaginales, sujetos doblepenetración, sujetos Viagra, etc.

No hay nada que desvelar en la naturaleza, no hay un secreto escondido. Vivimos en la hipermodernidad punk: ya no se trata de revelar la verdad oculta de la naturaleza, sino que es necesario explicitar los procesos culturales, políticos, técnicos a través de los cuales el cuerpo como artefacto adquiere estatuto natural. El *oncomouse*, ratón de laboratorio diseñado biotecnológicamente para ser portador de un gen cancerígeno¹⁷, se come a Heiddeg-

¹⁴ Ian Hacking, *Representing and Intervening. Introductory Topics in the Philosophy of Natural Science*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

¹⁵ Bruno Latour y S. Woolgar, *La vie de laboratoire. La construction des faits scientifiques*, La Découverte, París, 1979.

¹⁶ Pero no solo la ciencia tiene este poder performativo. El arte y el activismo se parecen a las ciencias de laboratorio. Tienen también el poder de crear (y no simplemente de describir, descubrir o representar) artefactos. Como veremos más adelante, el arte, la filosofía o la literatura pueden funcionar como contra-laboratorios virtuales de producción de realidad.

¹⁷ Donna Haraway, «When Man Is on the Menu», *Incorporations*, Jonathan Crary y Sanford Kwinter (eds.), Zone Books, Nueva York, 1992.

ger. Buffy, la televisual vampira mutante, se come a Simone de Beauvoir. El dildo, paradigma de toda prótesis de teleproducción de placer, se come la polla de Rocco Siffredi. No hay nada que desvelar en el sexo ni en la identidad sexual, no hay ningún secreto escondido. La verdad del sexo no es desvelamiento, es *sex design*.

COOPERACIÓN MASTURBATORIA

Los teóricos del postfordismo (Virno, Hardt, Negri, Corsani, Marazzi, Moulier-Boutang, etc.) han sugerido que el proceso productivo del capitalismo actual tiene en realidad como materia prima el saber, la información, la cultura y las relaciones sociales¹⁸. Para la teoría económica más reciente, el motor de la producción ya no está en la empresa, sino «en la sociedad en su conjunto, en la calidad de la población, en la cooperación, en las convenciones, los aprendizajes, las formas de organización que hibridan el mercado, la empresa y la sociedad»¹⁹. Negri y Hardt hablan de «producción biopolítica», utilizando la noción *cult foucaultiana* para nombrar las formas complejas actuales de la producción capitalista que combinan tanto «producción de símbolos, de lenguaje, de información, como producción de afectos»²⁰. Nombran apelando al «trabajo de la vida», las formas de producción que emanan del cuidado corporal, de la protección del otro y de la creación de relación humana, del trabajo «femenino» de la reproducción²¹, de las relaciones de comunicación y

¹⁸ Christian Marazzi, *El sitio de los calcetines. El giro lingüístico de la economía y sus efectos sobre la política*, Akal, Madrid, 2003. Véanse también Paolo Virno, *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2003; Yann Moulier-Boutang, Antonella Corsani, Maurizio Lazzarato, Olivier Blondeau, Nick Dyer Whiteford, Carlo Vercellone, Ariel Kyrou y Enzo Rullani, *Capitalismo cognitivo. Propiedad intelectual y creación colectiva*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2004. Para una síntesis del debate véase Yann Moulier-Boutang, *Le capitalisme cognitif. La nouvelle grande transformation*, Éditions Amsterdam, París, 2007.

¹⁹ Yann Moulier-Boutang, «Eclats d'économie et bruits de luttes», *Multitudes*, núm. 2, Exils, París, 2000, pág. 7. Véase también en ese mismo número el artículo de Antonella Corsani, «Vers un renouveau de l'économie politique».

²⁰ Toni Negri y Michael Hardt, *Multitudes*, Éditions 10/18, París, 2006, pág. 135.

²¹ *Ibidem*, pág. 137; Christian Marazzi, *op. cit.*

del intercambio de saberes y afectos. Pero la mayoría de estos análisis se detienen en su descripción de esta nueva forma de producción cuando llegan a la cintura²².

¿Pero si fueran en realidad los cuerpos insaciables de la multitud, sus pollas y sus clítoris, sus anos, sus hormonas, sus sinapsis neurosexuales, si el deseo, la excitación, la sexualidad, la seducción y el placer de la multitud fueran los motores de creación de valor en la economía contemporánea, si la cooperación fuera una «cooperación masturbatoria» y no simplemente una cooperación de cerebros?

La industria pornográfica es hoy el gran motor impulsor de la economía informática: existen más de un millón y medio de *webs* adultas accesibles desde cualquier punto del planeta. De los dieciséis mil millones de dolares anuales de beneficios de la industria del sexo, una buena parte proviene de los portales porno de Internet. Cada día, trescientos cincuenta nuevos portales porno abren sus puertas virtuales a un número exponencialmente creciente de usuarios. Si es cierto que los portales porno siguen estando en su mayoría bajo el dominio de multinacionales (*Playboy*, *Hotvideo*, *Dorcel*, *Hustler*, etc.), el mercado emergente del porno en Internet surge de los portales *amateurs*. El modelo del emisor único se ve desplazado en 1996 con la iniciativa de Jennifer Kaye Ringley, que instala varias *webcams* en su espacio doméstico y transmite en tiempo real un registro de su vida cotidiana a un portal de Internet. Las *JenniCams* producen en estilo documental una crónica audiovisual de sus vidas sexuales y cobran suscripciones semejantes a las de un canal televisivo (entre diez y veinte euros mensuales). Por el momento, cualquier usuario de Internet que posee un cuerpo, un ordenador, una cámara de vídeo o una *webcam*, una conexión de Internet y una cuenta bancaria puede crear su propia página porno y acceder al mercado de la industria del sexo. Se trata de la entrada del cuerpo auto-

²² Algunas pistas en este sentido han venido desde reflexiones como las de Precarias a la Deriva, Anne Querien o Antonella Corsani. Véase «Un proyecto de mujeres de Precarias a la deriva. Precarias, cuidadoras, putas, atentas... en busca de una batalla común», <http://www.sindominio.net/karakola/precarias.htm>. Y Linda McDowell, «Life without Father and Ford: The New Gender Order of Post-Fordism», *Transactions of the Institute of British Geographers*, 16, págs. 400-419.

pornográfico como nueva fuerza de la economía mundial. El resultado del reciente acceso de poblaciones relativamente pauperizadas del planeta (tras la caída del muro de Berlín, los primeros en acceder a este mercado fueron los trabajadores sexuales del antiguo bloque soviético, después los de China, África y la India) a los medios técnicos de producción de ciberpornografía, provocando por primera vez una ruptura del monopolio que hasta ahora detentaban las grandes multinacionales porno. Frente a esta autonomización del trabajador sexual, las multinacionales porno se alían progresivamente con compañías publicitarias esperando atraer a sus cibervisitantes a través del acceso gratuito a sus páginas.

La industria del sexo no es únicamente el mercado más rentable de Internet, sino que es el modelo de rentabilidad máxima del mercado cibernético en su conjunto (solo comparable a la especulación financiera): inversión mínima, venta directa del producto en tiempo real, de forma única, produciendo la satisfacción inmediata del consumidor en y a través de la visita al portal. Cualquier otro portal de Internet se modela y se organiza de acuerdo con esta lógica masturbatoria de consumo pornográfico. Si los analistas comerciales que dirigen Google o Ebay siguen con atención las fluctuaciones del mercado ciberporno, es porque saben que la industria de la pornografía provee un modelo económico de la evolución del mercado cibernético en su conjunto.

Si tenemos en consideración que las industrias líderes del capitalismo postfordista, junto con la empresa global de la guerra, son la industria farmacéutica (bien como extensión farmacológica legal del aparato científico médico y cosmético, bien como tráfico de drogas consideradas ilegales) y la industria pornográfica, entonces habría que darle un nombre más crudo a esta «materia prima». Osemos la hipótesis: las verdaderas materias primas del proceso productivo actual son la excitación, la erección, la eyacuación, el placer y el sentimiento de autocomplacencia y de control omnipotente. El verdadero motor del capitalismo actual es el control farmacopornográfico de la subjetividad, cuyos productos son la serotonina, la testosterona, los antiácidos, la cortisona, los antibióticos, el estradiol, el alcohol y el tabaco, la morfina, la insulina, la coaína, el citrato de sildenafil (Viagra) y todo aquel complejo material-virtual que puede ayudar a la producción de

estados mentales y psicosomáticos de excitación, relajación y descarga, de omnipotencia y de total control. Aquí, incluso el dinero se vuelve un significativo abstracto psicotrópico. El cuerpo adicto y sexual, el sexo y todos sus derivados semiótico-técnicos son hoy el principal recurso del capitalismo postfordista.

Si la era dominada por la economía del automóvil se denominó «fordismo», llamaremos «farmacopornismo» a esta nueva economía dominada por la industria de la píldora, por la lógica masturbatoria y por la cadena de excitación-frustración en la que esta se apoya. La industria farmacopornográfica es el oro blanco y viscoso, el polvo cristalino del capitalismo postfordista.

Hardt y Negri, releendo Marx, nos han enseñado que durante los siglos XIX y XX la economía global se caracteriza por la hegemonía del trabajo industrial no porque este fuera dominante en términos cuantitativos, sino porque todo otro trabajo se modeliza cualitativamente con respecto a una posible industrialización²³. Del mismo modo, la producción farmacopornográfica caracteriza hoy un nuevo período de la economía política mundial no por su preponderancia cuantitativa, sino porque cualquier otra forma de producción aspira a una producción molecular intensificada del deseo corporal semejante a la narcoticosexual. Así, el control farmacopornográfico infiltra y domina toda otra forma de producción, desde la biotecnología agraria hasta la industria *high-tech* de la comunicación.

En el período «farmacopornista», la industria farmacopornográfica sintetiza y define un modo específico de producción y de consumo, una temporalización masturbatoria de la vida, una estética virtual y alucinógena del objeto vivo, un modo particular de transformar el espacio interior en afuera y la ciudad en interioridad y «espacio basura»²⁴ a través de dispositivos de autovigilancia y difusión ultrarrápida de información, un modo continuo y sin reposo de desear y de resistir, de consumir y destruir, de evolucionar y de autoexinguirse.

²³ Michael Hardt y Toni Negri, *Multitudes*, op. cit., págs. 133-134.

²⁴ Véase la elaboración de esta noción en Rem Koolhaas, *Espacio basura*, Gustavo Gil, Barcelona, 2007.

POTENTIA GAUDENDI

Para comprender cómo y por qué la sexualidad y el cuerpo, el cuerpo excitable, irrumpen en el centro de la acción política hasta llegar a ser objetos de una gestión estatal e industrial minuciosa a partir de finales del siglo XIX, es preciso elaborar un nuevo concepto filosófico equivalente en el dominio farmacopornográfico al concepto de fuerza de trabajo en el dominio de la economía clásica. Nombro la noción de «fuerza orgásmica» o *potentia gaudendi*²⁵: se trata de la potencia (actual o virtual) de excitación (total) de un cuerpo. Esta potencia es una capacidad indeterminada, no tiene género, no es ni femenina ni masculina, ni humana ni animal, ni animada ni inanimada, no se dirige primariamente a lo femenino ni a lo masculino, no conoce la diferencia entre heterosexualidad y homosexualidad, no diferencia entre el objeto y el sujeto, no sabe tampoco la diferencia entre ser excitado, excitar o excitarse-con. No privilegia un órgano sobre otro: el pene no posee más fuerza orgásmica que la vagina, el ojo o el dedo de un pie. La fuerza orgásmica es la suma de la potencialidad de excitación inherente a cada molécula viva. La fuerza orgásmica no busca su resolución inmediata, sino que aspira a extenderse en el espacio y en el tiempo, a todo y a todos, en todo lugar y en todo momento. Es fuerza que transforma el mundo en placer-con. La fuerza orgásmica reúne al mismo tiempo todas las fuerzas somáticas y psíquicas, pone en juego todos los recursos bioquímicos y todas las estructuras del alma.

En el capitalismo farmacopornográfico, la fuerza de trabajo ha revelado su verdadero sustrato: fuerza orgásmica, *potentia gaudendi*. Lo que el capitalismo actual pone a trabajar es la potencia de correrse como tal, ya sea en su forma farmacológica (molécula digestible que se activará en el cuerpo del consumidor), en forma de representación pornográfica (como signo semiótico-técnico convertible en dato numérico y transferible a so-

²⁵ Trabajo aquí a partir de la noción de «potencia de actuar o fuerza de existir» que, a partir de la noción griega de *dynamis* y de su correlato metafísico escolástico, elaborara Spinoza. Véanse Baruch Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*, Trotta, Madrid, 2000; y Gilles Deleuze, *Spinoza, Cours de Vincennes*, 1978-1980. Curso disponible en la página de la Université Paris 8 dedicada a Deleuze.

portes informáticos, televisuales o telefónicos) o en su forma de servicio sexual (como entidad farmacopornográfica viva cuya fuerza orgásmica y cuyo volumen afectivo son puestos al servicio de un consumidor por un determinado tiempo bajo un contrato más o menos formal de venta de servicios sexuales).

Lo que caracteriza a la *potentia gaudendi* no es solo su carácter no permanente y altamente maleable, sino, y sobre todo, su imposibilidad de ser poseída o conservada. La *potentia gaudendi*, como fundamento energético del farmacopornismo, no se deja reducir a objeto ni puede transformarse en propiedad privada. No solo no puedo poseer ni conservar la *potentia gaudendi* de otro, sino que tampoco puedo poseer ni conservar aquella que aparece como mía. La *potentia gaudendi* existe únicamente como evento, relación, práctica, devenir.

La fuerza orgásmica es al mismo tiempo la más abstracta y la más material de todas las fuerzas de trabajo, inextricablemente carnal y numérica, viscosa y digitalizable. Ah, gloria fantasmática o molecular transformable en capital.

El cuerpo polisexual vivo es el sustrato de la fuerza orgásmica. Este cuerpo no se reduce a un cuerpo pre-discursivo, ni tiene sus límites en la envoltura carnal que la piel bordea. Esta vida no puede entenderse como un sustrato biológico fuera de los entramados de producción y cultivo propios de la tecnociencia. Este cuerpo es una entidad tecnoviva multiconectada que incorpora tecnología²⁶. Ni organismo, ni máquina: tecnocuerpo. En los años cincuenta, McLuhan, Buckminster Fuller y Wiener lo habían intuido: las tecnologías de la comunicación funcionaban como extensiones del cuerpo. Hoy la situación parece mucho más compleja: el cuerpo individual funciona como una extensión de las tecnologías globales de comunicación. Dicho con la feminista americana Donna Haraway, el cuerpo del siglo XXI es una plataforma tecnoviva, el resultado de una implosión irreversible de sujeto y objeto, de lo natural y lo artificial. De ahí que la noción misma de «vida» resulte arcaica para identificar los actores de esta nueva tecnoecología. Por ello, Donna Haraway prefiere la noción de «tecnobiopoder» a la foucaultiana de «biopoder»,

²⁶ Donna Haraway, *Testigo Modesto@Segundo Milenio. HombreHembra Conoce Oncorotón, Feminismo y tecnociencia*, UOC, Barcelona, 2004, pág. 29.

puesto que ya no se trata de poder sobre la vida, de poder de gestionar y maximizar la vida, como quería Foucault, sino de poder y control sobre un todo tecnovivo conectado²⁷.

En el circuito de tecnoproducción de excitación no hay ni cuerpos vivos ni cuerpos muertos, sino conectores presentes o ausentes, actuales o virtuales. Las imágenes, los virus, los programas informáticos, los internautas, las voces que responden a los teléfonos rosas, los fármacos, y los animales de laboratorio en los que estos son testados, los embriones congelados, las células madre, las moléculas de alcaloides activos... no presentan en la actual economía global un valor en tanto que «vivos» o «muertos», sino en tanto que integrables en una bioelectrónica de la excitación global o no. Haraway nos recuerda que «las figuras del *cyborg*, así como la semilla, el chip, el gen, la base de datos, la bomba, el feto, la raza, el cerebro y el ecosistema, descienden de implosiones de sujetos y objetos, de lo natural y lo artificial»²⁸. En este sentido, todo cuerpo, incluso un cuerpo «muerto», puede suscitar fuerza orgásmica, y por tanto ser portador de potencia de producción de capital sexual. Esta fuerza que se deja convertir en capital no reside en el bios-, tal como se entiende desde Aristóteles hasta Darwin, sino en el *tecnoeros*, en el cuerpo tecnovivo encantado y su cibernética amorosa. De aquí la conclusión: tanto biopolítica (política de control y producción de la vida) como tanatopolítica (política de control y gestión de la muerte) funcionan como farmacopornopolíticas, gestiones planetarias de la *potentia gaudendi*.

El sexo, los órganos sexuales, el pensamiento, la atracción, se desplazan al centro de la gestión tecnopolítica en la medida en la que está en juego la posibilidad de sacarle provecho a la fuerza orgásmica. Si los teóricos del postfordismo se interesan por el trabajo inmaterial, por el «trabajo no-objetividad»²⁹, por «el trabajo afectivo»³⁰, a los teóricos del capitalismo farmacopornográfico nos interesa el trabajo sexual como proceso de subjetivación, abriendo la posibilidad de hacer del sujeto una reserva interminable de corrida planetaria transformable en capital, en abstracción, en dígito.

²⁷ Donna Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Cátedra, Madrid, 1995.

²⁸ Donna Haraway, *op. cit.*, 2004, pág. 29.

²⁹ Paolo Virno, *Gramática de la multitud*, *op. cit.*, pág. 85.

³⁰ Michael Hardt y Toni Negri, *Multitudes*, *op. cit.*, pág. 134.

No debemos leer esta teoría de la «fuerza orgásmica» a través de un prisma hegeliano paranoico o rousseauiano utópico/dis-tópico: el mercado no es un poder exterior que viene a expropiar, reprimir o controlar los instintos sexuales del individuo. Nos enfrentamos, por el contrario, a la más difícil de las situaciones políticas: el cuerpo no conoce su fuerza orgásmica hasta que no la pone a trabajar.

La fuerza orgásmica en tanto que fuerza de trabajo se ha visto progresivamente regulada por un estricto control tecnobiopolítico. La misma relación de compra/venta y de dependencia que unía al capitalista y al obrero regía hasta hace poco la relación entre los géneros como relación entre eyaculador y facilitador de eyaculación. De aquí la definición: lo femenino, lejos de ser una naturaleza, es la cualidad que cobra la fuerza orgásmica cuando puede ser convertida en mercancía, en objeto de intercambio económico, es decir, en trabajo. Evidentemente un cuerpo masculino puede ocupar (y, de hecho, ocupa ya) en el mercado de trabajo sexual una posición de género femenina, es decir, puede ver su potencia orgásmica reducida a capacidad de trabajo.

Pero el control de la potencia orgásmica no define únicamente la diferencia de género, la dicotomía femenino/masculino; sino también, y de modo más general, la diferencia tecnobiopolítica entre heterosexualidad y homosexualidad. La patologización de la masturbación y de la homosexualidad en el siglo XIX acompaña a la constitución de un régimen en el que la fuerza orgásmica colectiva es puesta a trabajar en función de la reproducción heterosexual de la especie. Esta situación se verá drásticamente transformada con la posibilidad de sacar beneficios de la masturbación a través del dispositivo pornográfico y de controlar técnicamente la reproducción sexual a través de la píldora y de la inseminación artificial.

Si pensamos, siguiendo a Marx, que «la fuerza de trabajo no es el trabajo realmente realizado, sino la simple potencia de trabajar»³¹, entonces habrá que decir que cualquier cuerpo, humano o animal, real o virtual, femenino o masculino posee esta potencia masturbatoria, potencia de hacer eyacular, *potentia gaudendi*, por tanto, potencia productora de capital fijo —puesto

³¹ Paolo Virno, *op. cit.*, pág. 18.

que participa en el proceso productivo sin consumirse en el proceso mismo—. Hasta ahora hemos conocido una relación directa entre pornificación del cuerpo y grado de opresión. Así, los cuerpos históricamente más pornificados han sido el cuerpo de la mujer, el cuerpo infantil, el cuerpo racializado del esclavo, el cuerpo del joven trabajador, el cuerpo homosexual. Pero no hay relación ontológica entre anatomía y *potentia gaudendi*. Corresponde al escritor francés Michel Houellebecq el mérito de haber sabido dibujar una fabulación distópica de este nuevo poder del capitalismo global para fabricar la megafurcia y el megapollón: en este contexto, el nuevo sujeto hegemónico es un cuerpo (a menudo codificado como masculino, blanco, heterosexual) farmacopornográficamente suplementado (por el Viagra, la cocaína, la pornografía, etc.), consumidor de servicios sexuales pauperizados (a menudo ejercidos por cuerpos codificados como femeninos, infantiles, racializados):

[...] Cuando puede, el occidental *trabaja*; su trabajo suele aburrirle o exasperarle, pero él finge que le interesa. A los cincuenta años, cansado de la enseñanza, de las matemáticas y de todo lo demás, decidí descubrir el mundo. Acababa de divorciarme por tercera vez; a nivel sexual, no esperaba nada de particular. Primero viajé a Tailandia; inmediatamente después fui a Madagascar. Desde entonces no he vuelto a follar con una blanca; ni siquiera he vuelto a tener ganas de hacerlo. Créame —dijo, poniendo una mano firme en el antebrazo de Lionel—, ya no encontrará en una blanca el coño suave, dócil, flexible y musculoso, todo eso ha desaparecido por completo³².

Aquí la potencia no se encuentra simplemente *en* el cuerpo («femenino» o «infantil») como espacio tradicionalmente imaginado como prediscursivo y natural, sino en un conjunto de representaciones que lo transforman en sexual y deseable. Se trata en todo caso de un cuerpo siempre farmacopornográfico, un cuerpo efecto de un amplio dispositivo de representación y producción cultural.

Revelar nuestra condición de trabajadores/consumidores farmacopornográficos es la condición de posibilidad de toda teoría

³² Michel Houellebecq, *Plataforma*, Anagrama, Barcelona, 2004, pág. 104.

crítica contemporánea. Si la actual teoría de la feminización del trabajo esconde el *cum-shot*, la eyaculación videográfica detrás de la pantalla de la comunicación cooperante, es quizá porque los filósofos de la biopolítica, a diferencia de Houellebecq, prefieren no revelar su calidad de clientes del farmacopornomercado global.

En el primer tomo de *Homo Sacer*, Giorgio Agamben retoma el concepto de «vida desnuda» de Walter Benjamin para designar el estatuto biopolítico del sujeto después de Auschwitz, cuyo paradigma serían el interno del campo de concentración o el inmigrante ilegal retenido en un centro de permanencia temporal: ser reducido a existencia física, despojado de todo estatuto jurídico o de ciudadanía³³. Podríamos añadir a esta noción de vida desnuda la de «vida farmacopornográfica», pues lo propio del cuerpo despojado de todo estatuto legal o político en nuestras sociedades postindustriales es servir como fuente de producción de *potentia gaudendi*. En este sentido, lo que caracterizaría a aquellos que según Agamben se ven reducidos a «vida desnuda» tanto en las sociedades democráticas como en los regímenes fascistas es precisamente poder ser objeto de una explotación farmacopornográfica máxima. Por ello no es de extrañar que códigos similares de representación pornográfica dominen las imágenes de los prisioneros de Abu Ghraib o Guantánamo, la representación erotizada de los adolescentes tailandeses y las páginas de *Hot Magazine*. Todos estos cuerpos funcionan ya, y de manera inagotable, como fuentes carnales y numéricas de capital eyaculante. La distinción aristotélica entre *zoe* y *bios*, vida animal desprovista de toda intencionalidad frente a la vida digna, vida dotada de sentido, de autodeterminación y sustrato del gobierno biopolítico, habría que sustituirla hoy por la distinción entre *raw* y *bio-tech*, entre crudo y biotecnoculturalmente producido, siendo esta última la condición de la vida en la era farmacopornista. La realidad biotecnológica desprovista de toda condición cívica (el cuerpo del emigrante, del deportado, del colonizado, de la actriz o del actor porno, de la trabajadora sexual, del animal de laboratorio, etc.) es la del *corpus* (ya no *homo*) *pornograficus*, cuya vida (condición técnica más que puramente biológica), desprovista de derechos de ciudadanía, autor y trabajo, está expuesta a

³³ Giorgio Agamben, *Homo Sacer: el poder soberano y la nuda vida*, vol. I, Pre-Textos, Valencia, 1998.

y es construida por aparatos de autovigilancia, publicitación y mediatización globales. Y todo ello en nuestras democracias postindustriales no tanto bajo el modelo distópico del campo de concentración o de exterminio, fácilmente denunciabile como dispositivo de control, sino formando parte de un *burdel-laboratorio global integrado multimedia*, en el que el control de los flujos y los afectos se lleva a cabo a través de la forma pop de la excitación-frustración.

EXCITAR Y CONTROLAR

La transformación progresiva de la cooperación sexual en principal fuerza productiva no podría darse sin el control técnico de la reproducción. De modo que no hay porno sin píldora y sin Viagra. O, inversamente, no hay Viagra ni píldora sin porno. En realidad, el nuevo tipo de producción sexual implica un control detallado y estricto de las fuerzas de reproducción de la especie. No hay pornografía sin una vigilancia y un control farmacopolítico paralelo. A ello se añade la actual industrialización de la reproducción: *in vitro*, inseminación artificial, vigilancia del embarazo, motorización y previsión intencional del parto, etc. Se desmorona así progresivamente la división sexual del trabajo tradicional. El capitalismo farmacopornográfico inaugura una nueva era en la que el mejor negocio es la producción de la especie misma, de su alma y de su cuerpo, de sus deseos y afectos. El biocapitalismo contemporáneo no produce «nada», excepto la propia especie. A pesar de que estamos acostumbrados a hablar de sociedad de consumo, los objetos que consumimos son el conefeti sólido de una producción virtual psicotóxica. Consumimos aire, sueños, identidad, relación, alma. Este nuevo capitalismo farmacopornográfico funciona en realidad gracias a la gestión biomediática de la subjetividad, a través de su control molecular y de producción de conexiones virtuales audiovisuales.

La industria farmacéutica y la industria audiovisual del sexo son los dos pilares sobre los que se apoya el capitalismo contemporáneo, los dos tentáculos de un gigantesco y viscoso circuito integrado. Controlar la sexualidad de los cuerpos codificados como mujeres y hacer que se corran los cuerpos codificados como hombres; he aquí el que fue el farmacopornoprograma de la segunda

mitad del siglo XX. La píldora, el Prozac y el Viagra son a la industria farmacéutica lo que la pornografía, con su gramática de mamada, penetración y *cum-shot*, es a la industria cultural: el *jackpot* del biocapitalismo postindustrial.

El cuerpo posmoderno se vuelve al mismo tiempo colectivamente deseable y real gracias a su gestión farmacológica y a su promoción audiovisual. Vivimos en una era tóxico-porno. Dos dominios en los que Estados Unidos detenta, por el momento y quizá no por mucho tiempo, la hegemonía mundial. Estas dos fuerzas de creación de capital no dependen de una economía de la producción, sino de una economía de la invención. Como señala Philippe Pignarre, «la industria farmacéutica es uno de los sectores económicos en los que el coste de la investigación y el desarrollo son muy elevados mientras que los costes de fabricación son extremadamente bajos. A diferencia de la industria del automóvil, no hay nada más fácil que reproducir un medicamento, que asegurar su síntesis química masiva, mientras que no hay nada más difícil y costoso que inventarlo»³⁴. Del mismo modo, nada menos costoso que filmar una mamada, una penetración vaginal o anal con una cámara de vídeo. Las drogas, como los orgasmos y los libros, son relativamente fáciles y baratos de fabricar. Lo difícil es su concepción, su distribución y su consumo³⁵. El biocapitalismo farmacopornográfico no produce cosas. Produce ideas móviles, órganos vivos, símbolos, deseos, reacciones químicas y estados del alma. En biotecnología y en pornocomunicación no hay objeto que producir, se trata de *inventar* un sujeto y producirlo a escala global.

En el biocapitalismo, una enfermedad adviene al dominio de la realidad como consecuencia de un modelo médico y farmacéutico, como resultado de un soporte técnico e institucional capaz de explicarla discursivamente, de materializarla y tratarla de forma más o menos operativa. Desde un punto de vista farmacopolítico, el tercio de la población africana afectada por el sida no está realmente enferma. Los miles de seropositivos que mueren

³⁴ Philippe Pignarre, *Le grand secret de l'industrie pharmaceutique*, La Découverte, París, 2004, pág. 18.

³⁵ Maurizio Lazzarato, *Puissance de l'invention, La psychologie économique de Gabriel Tarde contre l'économie politique*, Les Empêcheurs de penser en rond, París, 2002.

cada día en el continente africano son biocuerpos precarios cuya supervivencia no ha sido *todavía* capitalizada por la industria farmacéutica occidental. Para el sistema farmacopornográfico estos cuerpos no están *ni muertos, ni vivos*. Existen en un estado pre-farmacopornográfico, o, lo que es lo mismo, sus vidas no son susceptibles de producir beneficio eyaculante. Son simplemente cuerpos excluidos del régimen tecnobiopolítico. Es posible imaginar el surgimiento de una industria farmacéutica oriental o africana que pudiera abastecer de triterapias o terapias retrovirales similares a bajo coste a todos los países de Asia y África. Igualmente, si no hay programas de investigación farmacológica para conseguir una vacuna de la malaria (cinco millones de muertos anuales en el continente africano) es porque los países que la necesitan no podrán pagarla. Mientras tanto, las multinacionales occidentales se embarcan en costosos programas de producción de Viagra o de nuevos tratamientos contra el cáncer de próstata. Fuera de cálculos de rentabilidad farmacopornográfica, ni las disfunciones eréctiles ni el cáncer de próstata resultan prioritarios en países donde la esperanza de vida del cuerpo humano, atacado por la tuberculosis, la malaria y el sida, no pasa de los cincuenta y cinco años³⁶.

En el capitalismo farmacopornográfico, el deseo sexual y la enfermedad comparten una misma plataforma de producción y cultivo: no existen sin soportes técnicos, farmacéuticos y mediáticos capaces de materializarlos.

³⁶ Michael Kramen y Christopher M. Snyder, «Why Is There No AIDS Vaccine?», The Center for Global Development National Bureau of Economic Research, Universidad de Harvard, junio 2006.